

Un documento histórico poco conocido

Discurso lido o día 17 de novembro
de 1910 no acto da súa recepción,
polo ilustrísimo señor don

Adriano López Morillo

e resposta do excelentísimo señor don

Wenceslao Requejo Pérez



REAL ACADEMIA GALEGA



Un documento histórico poco conocido

O solemne acto académico
no que foron lidos os dous
discursos recolleitos
no presente volume celebrouse
o 17 de novembro de 1910
no Salón de Actos
do Casino de Vigo.

A presente edición elaborouse
a partir do mecanoscrito orixinal
do discurso, custodiado no arquivo
da Real Academia Galega,
e da resposta publicada no *Boletín
da Real Academia Galega* 44, 193-203.

Edita
Real Academia Galega

Responsable de edición e maquetación
Andrea Roibás Díaz

DOI: <http://doi.org//10.32766/rag.365>

© Real Academia Galega, 2020

Deseño da colección
Grupo Revisión Deseño

Un documento histórico poco conocido



REAL ACADEMIA GALEGA

A Coruña 2020

Discurso do ilustríssimo señor don
Adriano López Morillo



Señores académicos:

No sé cómo expresaros mi reconocimiento y gratitud por la inmerecida honra de que me habéis hecho objeto al elegirme miembro activo de esta Real Academia Gallega. Todavía espero que vuestra generosidad vaya más allá de todo límite, otorgando benévola acogida al modesto trabajo que voy a tener la honra de leer en este momento y cuya labor, fuera de algunos conceptos míos, está sujeta, como veréis, a la narración de hechos rigurosamente históricos.

Procuraré ser breve para no cansaros ni separarme de lo que la práctica dicta en estos casos, pero cumpliendo con el precepto preconizado en nuestro Reglamento. Antes debo deciros que no sé cómo será provechosa mi colaboración en esta competente Corporación y debo confesaros con toda ingenuidad que, al posesionarme del sitial que me habéis designado, me siento seriamente contrariado ante el temor de que, por mi incompetencia, no resulte mi ayuda tan eficaz como grandes son mis alientos, respondiendo así mal a vuestra confianza y propósito. Empero, debo deciros con franca sinceridad que, con la alta distinción que tan espontáneamente me habéis otorgado, me encuentro aquí como en mi propia casa, entre los míos y fortalecido con vuestro contacto, porque el hombre aislado es una manifiesta abstracción, y vuestra meritísima labor me servirá de acicate y provechoso estímulo para ejercitar mis facultades en pro de la finalidad de este centro y de la cultura general en Galicia. Contad que yo jamás olvido aquel conminatorio apotegma: “Quien no espera vencer, está vencido”.

Con entusiastas anhelos acudo diligente a vuestro llamamiento y gustoso lleno el deber que tengo de recordar aquí la imperecedera memoria del que fue prestigioso académico de número D. José Ojea, cuya vacante inmerecidamente vengo a ocupar, por vuestro beneplácito y elección.

Al reseñar, siquiera brevemente, sus méritos y grandes cualidades que le adornaban, no se me ocultan las dificultades que ofrece el trazar la semblanza de un hombre de tan alto valer intelectual y moral, ni debo olvidar aquella regla que Quintiliano establecía para juzgar a los hombres que se hicieron acreedores a la pública estimación, por sus talentos y sus virtudes.

Su muerte representa una gran pérdida para esta Academia y para las letras patrias. Para el que tiene en este momento el honor de dirigiros la palabra, el “¡adios!” eterno de un amigo del alma a quien jamás podrá olvidar. Su recuerdo de tal manera embarga en este momento mis facultades, que dudo si conservaré bastante serenidad de juicio para exponeros en toda su realidad el retrato intelectual y psicológico de Ojea; dudo si en asunto que tanto me afecta, podré fijar bien el sendero por donde voy a dejar correr las ideas, acaso un poco vagas y quizás algo desconcertadas como improvisadas por el afecto y como cuanto mueve el sentimiento a una fácil explosión, necesitada de vuestra benevolencia.

Como ofrenda que piadosamente deposito en el altar consagrado por sus admiradores a la memoria de Ojea, permitidme que evoque el recuerdo, no solo del insigne académico y cultísimo hijo de esta región, sino también del prosista galano, fluído, correctísimo, apasionado y vehemente como un convencional; artista delicado como un heleno; buen ciudadano; integérrimo; caballeroso; tierno como un niño; bueno y cariñoso; de amplio criterio; de vasta ilustración; amigo bondadoso y lealísimo jefe de hogar. A estas condiciones, cualidades y virtudes, tendremos que agregar que Ojea era un profundo pensador, un observador atento y uno de los hijos más cultos y entusiastas de esta, para nosotros, idolatrada tierra.

Ojea estaba dotado de una alta fijeza de criterio político, pero sin el sectarismo, ni intransigencias de partido, demostrando en esto, como en todo, su elevada inteligencia y su dulce e indulgente carácter. No vivió de la política, a pesar de que representó en el Congreso a un distrito de la provincia de Orense, su país natal. Republicano, Ojea, desde que empezó a ejercitar su razón, mantúvose siempre fiel a sus ideales, aún después de la caída de la República y a pesar de los ruegos y gestiones de amigos cariñosos y prestigiosos, que intentaron varias veces llevarlo al campo de la monarquía. Ojea era un carácter a pesar de su modestia y de su dulce trato, y murió leal a la bandera política que siempre le había servido de enseña, y demócrata convencido e impenitente como lo había sido toda su vida. Ojea, como todos los pensadores, era a ratos soñador, pero siempre demostrando que cumplía una alta misión, escribiendo sobre la vida local de Galicia.

De mí sé decir que en ningún otro autor, de los que dedicaron su pluma a darnos a conocer las cosas y la manera de ser del campesino gallego, he creído encontrar el relieve que avalora y engrandece las obras de mi amigo, en las cuales podemos admirar la visión grandiosa de la naturaleza en todo su esplendor, revelándonos los más típicos cuadros de la vida real y la palabra generosa, limpia y levantada que arroja luz brillantísima sobre la semblanza del alma gallega.

El mundo rural, con sus cuadros de perfecta realidad, nada anecdóticos, será por siempre un libro que inmortalizará su memoria. ¡Cuántos tíos Fabianes podríamos encontrar hoy entre la turba de usureros, que se enriquecen con los desgraciados que a ellos acuden! En cambio, nos sería también fácil hallar, entre nuestro clero rural, almas piadosas como la del virtuoso abad D. Andrés María de la Purísima Concepción, típica figura hábilmente elegida por Ojea y que, de manera tan edificante y conmovedora, campea en el realista cuadro *Canción de la miseria*.

Célticos es otra de las obras que caracterizan y avaloran su ilustre personalidad como literato y como cuentista. La leyenda imaginativa constituye el nervio de este bellissimo libro y en ella Ojea ejercita con gran acierto una acerada y acertada crítica contra la superstición, ese mal que, bajo diferentes formas y variados aspectos, extravía al vulgo ignorante de todos los países de la tierra, tanto en los más cultos, como en los más atrasados.

Así pues, el nombre del ilustre orensano, cuyo recuerdo evocamos en este solemne momento, servirá siempre para recordarnos la generosidad, la virtud, los elevados ideales y el culto a la patria.

Ninguno le superamos en su fe inquebrantable y su entusiasmo por Galicia. Muerto, no es una fuerza perdida para el progreso, pues nos deja sus obras y su ejemplo. El claro que abrió en las filas de los que luchan por el progreso, lo llenará pronto una nueva legión, que tendrá siempre presente la honradez, los talentos y el amor de Ojea a los principios amplios y altruistas de la actual mentalidad española.

* * *

Español ante todo; poniendo sobre las demás cosas la patria grande y la bandera nacional, rindo culto ferviente a la región en que nació; la amo tan intensamente, que solo así creo que responde mi corazón a mis deberes como gallego. Pero estos

amores que atesoramos todos los que hemos nacido en este confín de la península ibérica, no son por sí solos bastante eficientes para elaborar el intelecto de esta región, si en el campo del esfuerzo, del pensamiento, de la investigación y del estudio no trabajamos todos con espíritu infatigable, con presencia serena, con fe, y con firme esperanza en el glorioso porvenir que le está reservado al pueblo gallego.

Amar a la patria y a la región en que hemos visto la luz, y amarlas con desprendimiento de cualquier interés personal es realizar, en una buena parte ya, el ideal acariciado por los más ardientes patriotas; esto es, establecer el imperio de la ley de amor sobre las propensiones particulares del hombre y, creando centros de saber y de cultura, es conducirlo por el camino del perfeccionamiento a los más altos fines de la vida.

Respondiendo a este propósito y necesidad, la Real Academia Gallega, vino con su creación a llenar un gran vacío en esta región, no solo para laborar el léxico de su dulce habla, sino también para extender una acción bienhechora y provechosa, abarcando y realizando estudios sobre la historiografía de Galicia y su Etnografía, Arqueología, Heráldica, Numismática, Filología y Paleografía, como lo demuestran la suma de importantes trabajos realizados por los señores académicos y de los cuales muchos han visto ya la luz en nuestro *Boletín oficial*.

No pertenezco al mundo de los escépticos. La falta de fe en los destinos humanos es como falta de amor; infecunda y dañosa. Debemos creer en la justicia y en el progreso en todas sus manifestaciones, aunque parezca que algunas veces sufren pasajero y parcial eclipse. Como promesa de perfeccionamiento inagotable, envuelve a la humanidad un cielo no exento de nubes y, el camino a recorrer, no pocas veces se presenta duro y peligroso. Cuanto mayor sea el obstáculo, más gloria habra en removerlo. La realidad se impone siempre con una fuerza tal que, en vez de sublevarnos como facciosos, debemos encontrarnos preparados a recibirla como amigos.

* * *

De sobra sabéis que la historiografía ha sido, desde sus primitivos tiempos, manifiesta acumulación de hechos fabulosos, a la vez que narrativas descripciones de guerras y biografías de los personajes que, más o menos, influyeron en los anales de su tiempo. Mi inteligente y malogrado amigo, el catedrático y miembro de

esta Real Academia Gallega, D. Ramón L. de Vicuña, decía “Durante siglos los historiadores propusieron más deleitar que instruir” Hoy escríbese de manera distinta y ya Carlyle no podría decir, como en su tiempo, que “Toda la historia de lo que el hombre ha hecho en este mundo no es en suma más que la historia de los grandes hombres”. Hoy se da toda la preferencia a la sociedad, no dejando que el sujeto la absorva apareciendo él como el objeto principal; evitándose así que los hechos externos se impongan a los internos, quedando estos preteridos y sin estudiar. El rumbo que siguen los modernos historiadores es otro, pues aunque estudian los hechos de los personajes que deban figurar en los fastos históricos, analizan las fases de la evolución en las múltiples manifestaciones de los tres grandes principios que se descubren en los anales humanos: el sujeto, el objeto y el fin.

Por eso, una alta personalidad de la cátedra, del foro y del parlamento español, D. Gumersindo Azcárate, admirado de que haya quien niegue el carácter científico que hoy tiene la historia, exclama en su luminoso discurso de recepción en la Real Academia de la Historia:

Pero es por todo extremo extraño que en los tiempos que corren, cuando el positivismo dominante declara que el hecho es lo único conocible, que los principios y las esencias no tienen realidad; cuando el profesor Flint señala como característica de nuestra época la doble tendencia de las ciencias a hacerse históricas y de la historia a hacerse científica, es muy extraño, repito, que se ponga en duda que sea una ciencia esta; porque si no nos es dado conocer otra cosa que los hechos, y estos constituyen el objeto de la historia, resultaría que no cabe conocer científicamente cosa alguna.

Las ciencias históricas, –prosigue el ilustre pensador– se proponen conocer los hechos, los cuales son expresión de la naturaleza del ser de quien se trata, siendo cada uno concreto, determinado y distinto. De ahí, que la historia, en la integridad de su concepto, tiene que hacer tres cosas: recoger los hechos, ordenarlos y explicarlos, tarea que, por virtud de una aplicación del principio de división del trabajo, se distribuye entre los que a ella se consagran.

Los sucesos tienen que ser siempre estudiados con gran profundidad y si en poesía debemos ser veraces, con cuanta mayor razón debe la verdad resplandecer en la historia, ya sea en la narrativa exposición de los hechos, como en la parte pintoresca al tratar de los personajes, así de las grandes como de las mediocres

figuras que deben aparecer en el gran teatro mundial que, a través de las edades, fue y será siempre el escenario humano.

Científica y sociológicamente, tenemos que considerar que los acontecimientos nos envuelven y nos empujan aún contra nuestra propia voluntad; cada hecho ocupa un lugar en la cadena de la vida individual y colectiva, es un fenómeno inevitable que, teniendo su origen en un suceso anterior, engendra otro subsiguiente.

* * *

Perdonad si repito “que los sucesos tienen que ser siempre estudiados con gran profundidad”, investigando detenidamente las fuentes objetivas, o sea, las *fuentes históricas*, por ser los testimonios que acreditan los hechos, tales como las tradiciones, los monumentos y las narraciones escritas. Estas tienen más importancia que las anteriores fuentes porque consignan los sucesos y así arrojan más luz, proporcionando la labor casi hecha al historiador, al que únicamente le queda ya apreciar filosóficamente el valor de la narración y depurarla en un detenido juicio crítico. Narrar es sencillísimo, pero no incurrir en error para no enturbiar las fuentes históricas es labor a que muchos historiadores no han dedicado el cuidado y escrupulosidad investigadora que su augusto trabajo les imponía.

De todos los géneros históricos, ninguno, a excepción del religioso, fascina tanto como el militar, por lo mucho que interesa y porque no necesita conocimientos previos, como las cuestiones de Arte, de Filosofía y de Ciencias. La guerra es un drama terrible que enardece el corazón del lector y nos conmueve profundamente. Nada más emocionante y que más exalte la imaginación que el relato de las acciones heroicas de nuestros antepasados; es un SINTOISMO del que todos los pueblos de la tierra se hallan poseídos cuando examinan los sacrificios llevados a cabo por sus padres para defender la libertad o el intangible suelo de la patria.

Los heroísmos, diga lo que quiera Volney, cuando llaman a la historia “cuadros fantásticos”, forman la conciencia de los hombres de la vida pasada, como guía y dato para la presente, porque el hombre y el escenario son siempre los mismos; los nombres y los medios son los que cambian según los tiempos.

Al ver vacilante los tronos –dice Mr. Thiers– en el seno de las asambleas conmovidas por la voz poderosa de los tribunos o amenazados por la multitud, siempre he tenido un momento para reflexionar; y no veía a tal o cual personaje con uno de los nombres de nuestra época, sino las eternas figuras de todos los tiempos y de todas las épocas que en Atenas, Roma y Florencia, obraron en otras épocas parecidas a la que veía moverse ante mí.

* * *

Los cinco meses de sangriento pelear en Galicia contra las aguerridas huestes del imperio francés constituyeron una de las más gloriosas epopeyas de las luchas humanas, cuyos anales y exactitud estamos todavía depurando. Quedan por conocer y publicar muchos, y acaso muy interesantes, testimonios, necesarios para escribir, a cerca de ese lapso de tiempo, un cuerpo histórico lo más completo y que comprenda los fastos y sucesos de 1808 a 1814. Abordar con éxito tan grandioso resultado sería no solo prestar a la historia general de España un positivo servicio, sino también aumentar la bibliografía regional con un libro que bien podríamos llamar de familia y de que hoy carecemos porque hasta ahora, como sabéis, no se ha publicado nada completo sobre asunto de tan capital interés para Galicia; solo fragmentariamente conocemos los altos hechos y sacrificios de nuestros abuelos. Dar a la publicidad aquellos cruentos episodios en que los aldeanos gallegos respondieron iracundos a la guerra de exterminio que les hacían los franceses, con la guerra sin cuartel, sería legar a las venideras generaciones el más elocuente monumento de gloria para las actuales y el grato conocimiento de grandes hechos que imitar. La piedra angular para tan magna obra debe ser el resultado –por cierto brillante– del Certamen Histórico celebrado en Santiago en el año anterior. El número e importancia de los temas premiados contienen precioso y abundoso material para poder escribir la *Historia de la Guerra de la Independencia en Galicia*.

* * *

En esta historia tenemos que incluir una inmarcesible página, gloriosa y de refulgentes destellos épicos, escrita con la sangre de los valientes soldados de la vieja Inglaterra, en las ya históricas alturas de Palavea, Peñasquedo y aldea de Elviña.

Lugares cuyo exterior ha cambiado mucho desde aquella sangrienta epopeya, pero todavía la tradición señala el punto en que el valeroso general británico Sir John Moore cayó herido de muerte por un proyectil de a cuatro, de los cañones que protegían el avance y empuje de la división francesa de Delaborde.

Dice James Moore, hermano del bravo caudillo británico:

El general avanzó hasta el regimiento nº 50, que mandaban los mayores Napier y Estanhope, que ganaron un cercado a su frente cargando con la mayor bizarría. El general, admirado de tanto valor, exclamó del mismo modo “¡Muy bien el 50! ¡Muy bien mis mayores!...” En seguida se trasladó al puesto del 42 –en la misma línea– y le dirigió esta frase: “¡Highlanders, acordaos de Egipto!”. Abalanzáronse ellos fieramente, echando por delante a los franceses hasta que los detuvo un muro, Sir John Moore los acompañó en la carga y dijo a sus soldados “que quedaba muy satisfecho de su conducta”.

En aquel momento llega el mariscal Soult al campo de batalla y de un certero golpe de vista se apercibe que el éxito depende de la posesión de Elviña y al momento dispone que dos batallones del 2º regimiento suizo bajen de Palavea y apoyen al 31, al 122 y al 47, que acababan de ser arrojados de Elviña. Observa Moore el nuevo ataque que preparan los imperiales, amenazando envolver la izquierda británica y ordena entonces al valiente regimiento nº 4, que era el más adelantado, efectúe un cambio de frente, rehusando su ala izquierda, y rompa el fuego enseguida. El movimiento se realiza con tal precisión y aplomo que causa el asombro de cuantos lo contemplan. Queda el regimiento formando un ángulo sumamente obtuso, con lo que las caras dan frente al enemigo y lo cierran en un limitado sector en donde lo acribillan con un nutrido fuego de tres filas que obliga a los soldados de Soult a retroceder con grandes pérdidas. Entusiasmado, Sir John Moore dice: “Esto es precisamente lo que deseaba que se hiciese”.

En este momento se le ve caer del caballo y se arrojan a auxiliarlo el coronel Graham, el capitán Hardinge y un soldado del 42, que lo cogen en brazos para retirarlo al abrigo de una tapia, pues el fuego en aquel instante era muy violento. El heroico caudillo inglés fue conducido en una manta a la Coruña y colocado en la casa nº 13 del Cantón Grande, en la cual a las pocas horas exhaló su último suspiro demostrando su gran temple de alma y su amor a Inglaterra, no olvidando en aquel terrible desenlace, que estoicamente veía venir, a ninguna de las

personas que le eran queridas y dejando a sus subordinados un grande y heroico ejemplo que imitar.

Tan gloriosa muerte salvó al héroe británico de que su conducta fuese examinada por un tribunal militar, y difícil nos sería hoy decir cuál sería el fallo. Recordemos que en aquellos momentos acababan de juzgar en el Reino Unido, a los generales Delarrimple y Burrad, general en jefe y jefe de estado mayor general, que respectivamente habían sido, en el reino lusitano, procesados por el convenio de Cintra, por el cual los ingleses quedaron dueños de Portugal pero permitiendo que el ejército francés, que había capitulado, pudiera trasladarse a Francia en barcos ingleses. El pueblo no quiso pasar por lo que llamaba una manifiesta debilidad de los generales Delarrimple y Burrad y, en consecuencia, fueron llamados al Reino Unido y juzgados en un consejo de guerra. ¿Qué hubiera sucedido con Sir John Moore si hubiera llegado a su patria con su ejército mermado y habiendo abandonado la Península Ibérica?

Con mezcla de estupor y de general indignación, acogió el pueblo inglés al ejército que, después de la batalla de Elviña, gloriosa para las armas británicas, reembarcó en el puerto de La Coruña, dejando el cadáver de su heroico caudillo sepultado en las obras de fortificación de la plaza española.

Inglaterra había realizado cuantiosos desembolsos para organizar y enviar al continente los cuarenta y tantos mil soldados que en diferentes meses de 1808 habían desembarcado en Portugal y en Coruña. El Gobierno británico había hecho cuanto humanamente le fue posible para aumentar el número de cuerpos y poner estos en pie de guerra, pero ni uno ni otro resultado pudo obtener, merced a su deficiente sistema de reclutamiento voluntario. No pudo el gabinete inglés poner en la Península los cincuenta mil hombres que proyectó en los primeros momentos y así se lo decía el ministro Mr. Canning a Sir John Moore en la carta recibida por este general en Salamanca.

La retirada de las tropas británicas a su país fue de un efecto tal que no podemos dudar un momento de que, si Sir John Moore desembarca con sus soldados en el Reino Unido, hubiera comparecido ante el tribunal militar, como Delarrimple y Burrad.

Inglaterra había encontrado en la península el campo de batalla que tanto tiempo hacía que ansiaba y, la retirada del ejército que mandó Moore, era un



fracaso para la política del gabinete de S. James y un peligro para los 12.000 soldados ingleses que, con Sir Arturo Wellesley, quedaban en Portugal.

Léase la prensa inglesa de aquella época y se verá que el pueblo londinense celebró mitines y acusó públicamente á Sir John Moore a pesar de su edificante y heroica muerte. Se pidió la destitución y procesamiento de Hope que, a la muerte de Moore, se había posesionado del mando del ejército y efectuado el reembarque que ya Moore tenía ordenado.

No podía Hope sustraerse a la responsabilidad que se derivaba de sus actos desde el momento de haberse hecho cargo del mando y dirección del ejército, pero no olvidemos que la retirada –como ya dije– estaba dispuesta y ordenada por Moore, como consta en un acta que se conserva archivada en el Ayuntamiento de La Coruña, autorizada con la firma de todos los regidores, diputados de abastos, personero, etc. El mencionado testimonio lleva la fecha 16 de enero de 1809, día de la batalla llamada de Elviña, hecho que para nada se menciona en el acta, ni tampoco la muerte de Moore; solo aparece que aquel día la Junta Suprema del Reino de Galicia llamó a su seno una comisión del municipio, a la cual enteró que el general inglés Sir John Moore se había presentado por la mañana a la Junta:

Para manifestarle que la venida de los ejércitos de S.M.B. a España había sido para protegerla y auxiliarla, creyendo que en ella había más ejércitos, más auxilios y más patriotismo y que mediante que nada de esto había encontrado en este Reino, había resuelto reembarcarse con su ejército, ofreciendo que este guardaría la mejor disciplina y que esperaba que no se le incomodase por parte de los vecinos, con lo cual se evitarían los perjuicios respectivos. Y en su vista acordó la ciudad que sobre esta materia nada tenía que tratar.

El día 16, por la mañana, ya estaban a bordo de los transportes ingleses los enfermos, heridos, las mujeres y toda la impedimenta, y hacia el mediodía, y cuando Moore tenía dispuesto que empezara la retirada y embarque por la división de Hope, fue atacado por las tropas de Soult, viéndose precisado a combatir en las posiciones que de antemano tenía ocupadas, sin poder rehusar la batalla, por lo que resulta que este hecho de armas fue librado no en defensa de la independencia española, sino para poder reembarcar el ejército británico.

La historia tiene que ser inexorable y, ante su tribunal, todas las épocas y los personajes que en sus anales deben figurar tienen que comparecer y ser juzgados teniendo a la vista los testimonios que dan fe de los sucesos; así, guardando el más profundo respeto a la memoria del héroe, tenemos que juzgar sus actos, porque ellos influyeron poderosamente en el curso de la guerra en España y, puesto que ya os insinué cual fue la opinión en Inglaterra por la retirada y reembarque de su ejército en Coruña, veamos ahora lo que el ínclito Marqués de la Romana, general en jefe de nuestro Ejército de la Izquierda, decía en un extenso y gravísimo parte sobre la conducta militar del general Sir John Moore y la indisciplina de sus soldados en la retirada de Castilla a La Coruña.

El parte está fechado el 18 de enero de 1809 en Orense y constituye el tema de este discurso y, como digo en el enunciado, es un documento poco conocido. El Gobierno central habíase opuesto a su publicación en la *Gaceta* para evitar que la nación conociera las quejas y graves acusaciones que nuestro general formulaba contra el caudillo británico, pero Romana no se dio por satisfecho y remitió una copia a su hermano, el general D. José Caro, que a la sazón mandaba en Valencia y, en la *Gazeta* de la ciudad del Turia, veía la luz aquel importante documento, el 24 de julio del año mencionado ya¹. El Marqués da principio a su parte o carta —como le llamó Romero Alpuente en las Cortes de Cadiz— diciendo que el general Moore desistió indebidamente de llevar a efecto el plan que tenían combinado para batir a los franceses en Saldaña.

Su ejército, sin contar el de mi mando, —dice Romana— era superior en caballería e infantería al enemigo. Yo le ofrecí atacarlo por el frente de sus posiciones, que era lo más árduo de la empresa; y me atrevo a decir que de esta acción resultaría infaliblemente una completa victoria y el frustrar los designios del enemigo; porque batido y derrotado, como debió serlo en los días 5 y 9 del mes próximo pasado, pudimos caer a tiempo sobre el otro cuerpo que vino a reforzar el de Saldaña por Rioseco a Mayorca, vencerlo también, y quedar dueños del reino de León, y así de toda la Castilla.

Manifiesta seguidamente el Marqués que el general Moore, desde que replegó su ejército hacia Benavente,

1 Dicho documento en toda su integridad va unido al final de este discurso.

No se ocupó más que en cortar los puentes de Castro Gonzalo, Valencia de Don Juan y el del Hospital de Órbigo; en disponer su retirada a Galicia; en darme aviso de que los enemigos con gran fuerza venían hacia León; y en pedirme con repetidas instancias, que mandase destruir el puente de Mansilla de las Mulas.

El general británico, sin aguardar al enemigo ni dar aviso al general español, abandonó todas sus posiciones y, con la mayor precipitación, se retiró por Benavente, la Bañeza y Astorga hacia las entradas de Galicia por el Vierzo.

El Marqués, al saber que los ingleses se retiraban, marchó con parte de sus tropas a Astorga y, cuando llegó, encontró que la masa mayor de las británicas estaba más allá del Manzanal y Fucebadón, y algunas ocupando a Villafranca y Galicia.

Me incomodó mucho esta conducta, –dice el Marqués– y pasé inmediatamente al alojamiento del citado general. Le hice presente que consideraba preciso mantener la ciudad de Astorga, esperar allí a los enemigos y obrar de acuerdo conforme a sus fuerzas [...] Me contestó que tenía resuelto retirarse a Galicia, porque sus tropas necesitaban descanso. Le hice varias reflexiones, pero todo fué inútil.

Por último, convinieron ambos generales que el ejército inglés se encargase de defender el camino real del Manzanal y las entradas principales de Galicia por el Vierzo, y que los españoles mantendrían la Puebla de Sanabria y la entrada del Valle de Orras.

Con esta confianza, –prosigue Romana– me mantuve en Astorga hasta las diez y media de la noche que me avisaron se retiraban todos los ingleses; al momento me vi precisado a salir para Ponferrada por el puerto de Fucebadón. El pueblo de Piabonal, distante dos leguas de Astorga, lo hallé ocupado por tropas inglesas y lo mismo el de Fucebadón; pero continuaron su marcha al siguiente hacia Ponferrada.

El 1º de enero llega la Romana con su cuartel general a Molina Seca, seguido de la vanguardia, la 5ª división, la de reserva y la artillería que pudo conservar, mientras la 3ª y la 4ª llegaban a Rabanal de la Sierra. La 1ª había quedado en Turienzo de los Caballeros, encargada de proteger la retirada del ejército.

Desde Molina Seca se quejó Romana a Sir John Moore, porque además de haber reservado para su ejército el cómodo y buen camino de Villafranca a La Coruña, dejando para los españoles el escabroso de Fucebadón a Valdeorras, Orense y Vigo, todavía lanzó por esta misma vía al general Grawford, con una columna de más de 3.000 soldados “que, vinieron delante –dice el Marqués– saqueando los pueblos, cometiendo cuantos excesos son imaginables y privándonos de todos los medios de subsistencia”. Esta columna británica no solo embarazó en la marcha a nuestros fatigados y hambrientos soldados, sino que dio lugar a que nuestra 1ª división fuese destruída en Turienzo.

Escuchemos las quejas y los cargos más graves que nuestro general en jefe dirigía en su escrito contra el general en jefe británico.

El general Moore y su ejército tampoco han sostenido el punto de Villafranca, ni el impenetrable del puerto del Cebrero. Ha huido vergonzosamente hasta Lugo, con el mismo desorden y escandalosos excesos de sus tropas, que lo hicieron desde Astorga. Es criminalísima su conducta; nos ha perdido el reino de Galicia; ha infundido el desaliento, el terror y el disgusto en el ejército. Ha echado sobre el suyo el odio y el aborrecimiento de los pueblos, con sus vejaciones, asesinatos, robos e incendios. Nos ha privado de todos los medios de subsistencia por donde han pasado sus tropas, permitiendo la total desolación del país. Nos ha engañado miserablemente, o nos ha vendido, en la ocasión que debía haber sido de mayor utilidad su ejército y en que ha podido cubrirse de gloria.

Continúa el Marqués reseñando los asesinatos de personas inermes, entre ellas tres alcaldes, y los robos y violaciones cometidas por los soldados británicos y cierra el párrafo con estas amargas frases:

Y en una palabra, los franceses mismos no podían haber destinado agentes más poderosos para concitar el ódio a los ingleses que el ejército del mando del general Moore.

Como estoy penetrado de que semejante conducta no es conforme a las intenciones de su Gobierno, ni de la nación inglesa, he procurado compensar a mis tropas y a los vecinos las infinitas desgracias que de otro modo hubieran resultado. Así lo manifesté al general Sir John Moore en Astorga, pidiéndole que remediase los desórdenes de sus tropas; pero mis oficios han sido inútiles.

Todo lo que hago presente a V.E. a fin de que se sirva elevarlo a noticia de la Suprema Junta, para la providencia que sea de su soberano agrado: en el concepto de que he pasado al Reino de Galicia el oficio de que acompaño a V.E. copia², y he dado aviso de los desórdenes de nuestros aliados al ministro de Estado de Inglaterra, Mr. Canning, para que lo traslade a noticia del Rey su amo. Dios guarde a V.E. muchos años. Cuartel General de Orense, 18 de enero de 1809. Excmo Señor –El Marqués de la Romana– Excmo Señor don Antonio Cornel, Ministro de la Guerra.

* * *

Al abandonar el ejército inglés las tierras castellanas y engolfarse, más que de prisa, por las termópilas gallegas, por nuestros inaccesibles desfiladeros, tuvo necesariamente que romper todo enlace con el español, dejando a este aislado e irrimisiblemente expuesto a los terribles golpes del numeroso y aguerrido ejército imperial y solo merced a la habilidad desplegada por Romana para fraccionar sus tropas y dirigir las excéntricamente, pudo una gran parte del ejército de la Izquierda llegar al Valle del Támega y a la frontera lusitana.

La situación de nuestro general en jefe y de sus soldados tenía necesariamente que ser difícilísima con el abandono en que los dejaron los británicos. Nuestros soldados estaban desnudos, descalzos y más de 9.000 no tenían fusiles, y en tal situación tuvieron que dar frente al victorioso ejército francés. Las pérdidas tenían que ser dolorosas, al ser batidas y desechas la 1ª y la 2ª divisiones respectivamente en Turienzo y Mansilla.

No nos admiremos de los duros conceptos que en aquel momento de angustia y difícilísima situación estampaba el Marqués en su escrito del 18 de enero, que fragmentariamente os acado de leer, pues como dice Toreno, quedó “solo y en pié en un rincón de Galicia” y con su ejército casi disuelto, como él mismo consigna en su parte.

Es incontestable la gravedad del documento dirigido por el Marqués de la Romana a la superioridad; es un escrito firmado por uno de los grandes prestigios de aquella época en España y en el extranjero, sobre todo en Inglaterra. El doloroso efecto que su enérgico lenguaje causó en el Gobierno español podemos

2 Copia de este mismo oficio

verlo al saber que este remitió a nuestro representante en Londres, Don Juan Ruiz de Apodaca, copia literal y autorizada del parte del Marqués para su entrega al Ministro de Estado británico, para que pusiera los hechos en conocimiento del Rey Jorge, en nombre de S.M.C. Fernando VII, y

Expresara al Ministro Mr. Canning el profundo sentimiento que al Gobierno Español le había causado la retirada a Galicia del ejército inglés, retirada que habiendo dejado descubierto el Reino de Galicia, aislado por la parte del Norte y Oeste, y el de Aragón y rodeado el Principado de Asturias, dio a los franceses la proporción de tomar las plazas de La Coruña y Ferrol, con los barcos y pertrechos que había en él.

Tan desgraciados sucesos han causado en España el mayor disgusto; pues han visto desvanecerse las lisonjeras esperanzas que habían concebido de un ejército aliado tan respetable y cuya reunión con el Marqués de la Romana, proyectada antes por diciembre y dispuesto para atacar con ventaja al Mariscal Soult en Saldaña, dejó de efectuarse por disposiciones de aquel general³, avisándole estaba sobre ellos el Emperador de los franceses con 50 o 60.000 hombres y, determinando retirarse a Galicia, en cuyas montañas participa la Romana, pudo haberse hecho firme aquel general en las fortísimas posiciones del Cebrero y Piedrafitas, como consta de la copia adjunta de la carta del Marqués a su Gobierno.

Continúa en su nota el Gobierno español haciendo cargos al general Sir John Moore y reiterando su sincera amistad y agradecimiento al Gobierno Británico y al Rey Jorge.

Voy terminar señores; no quiero abusar más de vuestra condescendiente benevolencia, pero antes quiero recordaros que, como sabéis bien, los hechos prevalecen y perduran sobre las leyendas que forja la pasión o el entusiasmo inconsciente, y los que el Marqués de la Romana denuncia en su escrito comprobados están por historiadores extranjeros y españoles.

Si de algo adolece el parte será de la pujanza de voluntad de quien lo redactó y de una aplastante veracidad, que nos obliga a mirar con justísima prevención, historias y monografías que ocupan preferente lugar en la bibliografía española.

3 Sir Moore.

Las notas pasadas por el Gobierno español al británico, y de las cuales dejo hecho mérito, son el complemento del parte del Marqués de la Romana, al cual le dan no solo el valor técnico, sino el histórico que hoy tiene.

Debo haceros notar que los historiadores y panegiristas británicos de las campañas de los ejércitos ingleses en la península, tales como Napier, Souetey, Londonderry y Clark, no impugnan el documento del Marqués; lo citan sin comentarios y, en cambio, hacen grandes y calurosos elogios del autor.

Cuando la muerte sorprende a la Romana, en Cartaxo –Portugal– el 23 de enero de 1811, dice de él Clark:

Allí terminó La Romana su preciosa existencia y, en sus últimos momentos, sus votos y recuerdo fueron para su familia y para España; ingleses y portugueses honraron su memoria celebrando grandes funerales y mostrando su pesar por la muerte del noble y valeroso caudillo español.

Es de notar que un historiador inglés como Clark se exprese así al hablar del general español que tan graves acusaciones había lanzado sobre la conducta militar de Sir John Moore, de quien había sido su amigo y subordinado. Si de Clark pasamos a los otros autores que os cité, encontramos los mismos elogios tributados a La Romana y todos, como os digo, pasan por alto el parte. Si a esto agregamos las reclamaciones del Gobierno español al británico, iremos irremisiblemente de deducción en deducción, de análisis en análisis, a encontrar un todo puro y pristino, como es la verdad, como debe ser la historia, a quien Cicerón llamaba “Maestra de la vida”.

He dicho.

APÉNDICE

OFICIO DE LA ROMANA SOBRE LAS OPERACIONES DE SIR JOHN MOORE

Exmo. Señor: La conducta militar del general Sir John Moore y la que observan sus tropas, no es la que se debía esperar de unos aliados, cuya nación y su ilustre Gobierno nos han dado tan repetidos testimonios de generosidad y deseos de concurrir al buen éxito de la justa causa que nos empeña contra el enemigo común.

El general Moore desistió indebidamente de llevar a efecto el plan que teníamos combinado para batir el cuerpo de tropas enemigas que había en Saldaña y sus inmediaciones. Su ejército, sin contar el de mi mando, era superior en caballería e infantería al enemigo. Yo le ofrecí atacarlo por el frente de sus posiciones, que era lo más arduo de la empresa; y me atrevo a decir que de esta acción resultaría infaliblemente una completa victoria y el frustrar los designios del enemigo; porque batido y derrotado, como debió serlo en los días 5 y 9 del mes próximo pasado, pudimos caer a tiempo sobre el otro cuerpo que vino a reforzar el de Saldaña por Rioseco a Mayorga, vencerlo también, y quedar dueños del reino de Leon, y así de toda la Castilla.

El general Moore, desde que replegó sus ejércitos hacia Benavente y la otra parte del río Coa, no se ocupó más que en cortar los puentes de Castro Gonzalo, Valencia de Don Juan, y el del hospital de Órbigo; en disponer su retirada a Galicia; en darme aviso de que los enemigos con gran fuerza venían hacia León, y en pedirme con repetidas instancias que mandase destruir el puente de Mansilla de las Mulas. En efecto, sin aguardar a los enemigos ni darme aviso, se retiró toda su infantería y parte de la caballería con la mayor precipitación, de Benavente, la Bañeza y demás puntos que ocupaba; de forma que cuando llegué con mis tropas a la ciudad de Astorga, estaba ya la infantería y parte de la caballería inglesa ocupando las entradas del Vierzo por Manzanal y Fucecabadón y algunos adelantados hasta Villafranca y Galicia; no habiendo dejado más tropas en las avenidas de la Bañeza que un regimiento de caballería alemana a la mitad del camino, entre aquella villa y Astorga.

Me incomodó mucho esta conducta y pasé inmediatamente al alojamiento del citado general. Le hice presente que consideraba preciso mantener la ciudad

de Astorga, esperar allí a los enemigos y obrar de acuerdo conforme a sus fuerzas; manifestándole que siempre teníamos nuestra retirada segura por los caminos de Manzanal y Fucebadón, en los cuales hay posiciones inexpugnables que podríamos ocupar y defender con poca gente, [y a lo menos contener al enemigo en cualquiera número que viniese]. Me contestó que tenía resuelto retirarse a Galicia, porque sus tropas necesitaban descanso. Le hice varias reflexiones [sobre las dificultades que habría para mantener en aquel reino su ejército y el mío]; pero todo fue inútil.

Por último, le hice presente que en Ponferrada estaba el parque de artillería, cantidad de trigo acopiado y hospitales establecidos; que en Villafranca tenía galleta, armas y más de dos mil enfermos; que nos era del mayor interés la conservación del Vierzo y que si pensaba retirarse a Galicia, cubriría yo los caminos de Manzanal y Fucebadón, [por lo cual, me sobraba ejército y necesitaba de caballería].

Me respondió que dejase libre el camino real de Manzanal, que él se encargaba de su defensa y de la entrada principal de Galicia por Villafranca; que mis tropas podían ocupar los caminos de Fucebadón, y los de Galicia por el Valle de Orras y la Puebla de Sanabria. Convine en ello, y situé las tropas en los pueblos de la Maragatería, cubriendo todos los caminos [que conducen] desde la Bañeza y Astorga al Vierzo, y previne al Marqués de Valladares que retrocediese con su división a ocupar los de la Puebla de Sanabria. A las 5 de la tarde del 31, tuve aviso de que las avanzadas enemigas que venían de la Bañeza se habían encontrado con las del regimiento de caballería alemán, a legua y media de Astorga y que, sin embargo de la densa niebla y de lo intransitable de los caminos, continuaban sus marchas con dirección a la misma ciudad. El general de la caballería inglesa, Sir Paget, me dijo que había mandado al regimiento alemán conservar su posición; que aquella noche lo reforzaría con otros dos regimientos, únicos que quedaban del ejército inglés en las inmediaciones de Astorga, y doce piezas de artillería volante; y que si los enemigos venían solo con caballería y no eran superiores en fuerza, los atacaría. Con esta confianza me mantuve en Astorga hasta las diez [y media] de la noche que me avisaron se retiraban los ingleses; y al momento me vi precisado a salir para Ponferrada por el puerto de Fucebadón. El pueblo de Piabonal, distante dos leguas de Astorga, lo hallé ocupado por tropas inglesas y lo mismo el de Fucebadón; pero continuaron su marcha al siguiente día hacia Ponferrada y de allí por el valle de Orras y Orense a Vigo, cuya ruta siguió mi

división de seis mil hombres, aunque era lo convenido para las tropas de mi mando. Vinieron delante saqueando los pueblos, cometiendo cuantos excesos son imaginables y privándonos de todos los medios de subsistencia.

El 1º de enero llegué de Molina Seca y establecí mi cuartel general, y al próximo día se me dió aviso de que los enemigos con un corto número de caballos habían pasado el puerto de Manzanal y estaban en Benvibre sin la más mínima oposición de los ingleses, quienes iban a Villafranca en la más desordenada y vergonzosa fuga, dejando el camino sembrado de caballos muertos, cajones de fusiles, correajes, municiones y multitud de efectos; saqueando e incendiando los pueblos, violentando mujeres cometiendo asesinatos y todo género de crímenes, como si son nuestros mayores enemigos.

A cosa de legua y media de Astorga está el puerto de Manzanal, camino real de la Coruña. Sigue despues más de siete leguas de bajada bastante rápida y sin otro paso en muchos puntos que el mismo camino o calzada inexpugnable por derecha e izquierda; de forma que con dos piezas de artillería [y una batalla de infantería], puede contenerse el más numeroso ejército. Yo debía suponer, y así se me aseguraba, que los enemigos eran dueños del camino real entre Ponferrada y Villafranca, único paso por donde podía retirar mi artillería y efectos del parque, e ignoraba las fuerzas aunque habían entrado en el Vierzo. Recibí partes de que también habían llegado a Fuecebadón, interceptado muchos carros y acemilas de nuestro equipajes, cortado a algunas de mis tropas y que probablemente se adelantarían hacia el pueblo en que yo me hallaba. En esta crítica situación, me ví precisado a mandar que la artillería saliese de Ponferrada para Villafranca a todo riesgo; que todas las tropas se dirigiesen a cubrir la entrada de Galicia por el valle de Orras, antes que los enemigos lo verificasen, viniendo por las inmediaciones de Ponferrada hacia Toral; y a las 12 de la noche salí para los Barrios, donde me detuve hasta que amaneció, para reconocer las avenidas del Vierzo y ocupar si convenía alguna posición fuerte. Allí se me informó de varios caminos mucho más cortos que conducen desde Villafranca y sus inmediaciones a los pueblos de Borranas, el Barco y la Rúa, situados a 3, 9 y 11 leguas a la espalda por donde podrían penetrar á Orense, interceptando mi paso; por lo cual dispuse que las tropas continuasen su marcha. Las he situado desde el puente de Domingo Florez a esta ciudad, en los pueblos de posiciones fuertes y más proporcionados, para que puedan subsistir y descansar de la extraordinaria fatiga, hambres y trabajos que han padecido.

El general Moore y su ejército tampoco han sostenido el punto de Villafranca, ni el impenetrable del puerto Cebreiro. Ha huido vergonzosamente hasta Lugo, con el mismo desorden y escandalosos excesos de sus tropas, que lo hicieron desde Astorga. Es criminalísima su conducta: nos ha perdido el reino de Galicia; ha infundido el desaliento, el terror y el disgusto en el ejército. Ha echado sobre el suyo el odio y el aborrecimiento de los pueblos, con sus vejaciones, asesinatos, robos e incendios. Nos ha privado de todos los medios de subsistencia por donde han pasado sus tropas, permitiendo la total desolación del país. Nos ha engañado miserablemente, o nos ha vendido, en la ocasión que debía haber sido de mayor utilidad su ejército y en que ha podido cubrirse de gloria.

Estoy pendiente de los progresos del enemigo sobre Lugo, y del partido que toma el ejército inglés, para ver el que yo pueda tomar con las reliquias del mío, casi disuelto y desanimado con los procedimientos de nuestros aliados. Por el pronto, voy a reforzarme lo posible, organizando los cuerpos conforme a lo dispuesto por S.M. en Real orden que V.E. se sirvió comunicarme con fecha de 20 del mes próximo pasado.

Los ingleses se han apoderado a la fuerza [de las acémilas destinadas a nuestro ejército], de las mulas de tiro que arrastraban la artillería y municiones, de los bueyes que tiraban de los carros de equipajes; han robado todas las mulas de los labradores y vecinos de Benavente y pueblos de Campos, dejando multitud de carros abandonados en los caminos, unos despeñados y otros hechos pedazos de intento; han matado y consumido sin necesidad los bueyes de los carros y no han pagado su importe. Nos han asesinado tres alcaldes y otros vecinos; han derramado el vino de las bodegas, sin pagar el que han bebido; no han satisfecho los carros y caballerías que han empleado en transportar sus inmensos equipajes y sus mujeres. Los comisarios se han negado a dar en varios pueblos recibo de los víveres que les han suministrado las justicias; a otros les han rebajado arbitrariamente las cantidades que han querido; y en una palabra, los franceses mismos no podían haber destinado agentes más poderosos para concitar el odio á los ingleses que el ejército del mando del general Moore.

Como yo estoy penetrado de que semejante conducta no es conforme a las intenciones de su Gobierno, ni de la nación inglesa, he procurado compensar a mis tropas y a los vecinos, las infinitas desgracias que de otro modo hubieran resultado. Así lo manifesté al general Sir John Moore en Astorga, pidiéndole que remediase los desordenes de sus tropas; pero mis oficios han sido inútiles.

Todo lo hago presente a V.E. a fin de que se sirva elevarlo a noticia de la Suprema Junta, para la providencia que sea de su Soberano agrado: en el concepto de que he pasado al reino de Galicia el oficio de que acompaño a V.E. copia, y he dado aviso de los desórdenes de nuestros aliados al Ministro de Estado de Inglaterra, Mr. Canning, para que lo traslade a noticia del Rey su amo. Dios guarde a V.E. muchos años. Cuartel General de Orense 18 de enero de 1809. – Excmo. Señor –El Marqués de la Romana. –Hay una rúbrica. –Excmo. Señor Don Antonio Cornel, Ministro de la Guerra.

Resposta do excelentísimo señor don
Wenceslao Requejo Pérez



Señores académicos:

Para testimoniaros la profunda gratitud que en estos momentos siento por el honor que me habéis otorgado eligiéndome para dar la bienvenida en vuestro nombre al nuevo académico que viene a compartir nuestras tareas, fuera mi mayor deseo presentaros un trabajo digno de persona de tales merecimientos y de Corporación de tan alto saber. Mas siendo mis facultades escasas e insuficientes los medios que a mi alcance tengo para poder hacerlo, no me resta otra cosa que suplicaros me otorguéis vuestra benevolencia que, aún siendo mucha, toda la habré de menester.

Si el acierto que habéis tenido en llamar a vuestro seno a persona de tan cumplida condición fue grande, no lo es menor el provecho que nuestra Academia se procura con su ilustrada colaboración.

Fuera exigencia de rigurosa justicia en estos momentos relatar los méritos del que es nuestro compañero; mas como al nombrarle no habéis hecho más que apreciarlos debidamente, será labor un tanto impertinente por mi parte, y un atentado a su modestia, exhibirlos ante tan docta Corporación.

Si ellos no fueran como son tan notorios, el hermoso discurso que con la mayor complacencia acabamos de oír constituiría una prueba plena de la justicia con que ha procedido esta academia, otorgándole la honrosa distinción de contarle entre los suyos. El ardiente patriotismo que le inspira, las serenas reflexiones que atesora, la copiosa erudición y sana crítica que en él ha puesto, dicen bien a las claras cuán entrañable es su cariño al pueblo en que nació y a la patria por cuyo honor combatió en los campos de batalla, cuán sereno y reposado es su juicio y cuán cierto es su saber. De tales méritos y del noble empeño que supo poner en todos los actos de su vida, puede esta corporación esperar los más fecundos resultados.

La ciudad del Ferrol, cuna de tantos hijos ilustres, tiene la honra de contar entre los suyos más distinguidos a este a quien hoy damos, con la satisfacción consiguiente, la más cariñosa bienvenida.

La tradición familiar y el medio en que vivió le destinaban a la honrosa profesión de las armas. Su abuelo fue un bravo militar que después de haber luchado heroicamente en Trafalgar y de sufrir un largo y penoso cautiverio, recibía la muerte en las Ventas de Armendía por los realistas, en 1823, defendiendo la causa liberal.

Fue su padre brillante jefe de la Armada, y entre sus antepasados cuenta al general D. Pablo Morillo, primer Conde de Cartagena, nombre que todos los vigueses recordamos con especial gratitud y admiración por ser el caudillo que rescató nuestra ciudad del poder de los franceses.

No bien acabados sus estudios de cadete, pasó a la Isla de Cuba, donde ardía una de tantas guerras como las que ensangrentaron su hermoso suelo, y allí, batiéndose con singular denuedo, hizo sus primeras armas, revelándose como digno continuador de una familia en que la bizarría era tradición.

En los sucesos ocurridos en la República Dominicana de 1865 a 1867 tomó parte brillante y activa, peleando heroicamente en cuantas acciones tomó parte, hasta que herido con dos balazos fue cogido prisionero, y no fue muerto gracias a la intercesión de una ilustre dama.

Duró su cautiverio 21 meses mortales. En ellos dio pruebas de un valor y sufrimiento extraordinarios. La sujeción dura y penosa a que se hallaba sometido, las privaciones y torturas que padecía, el rigor del clima y el triste fin de sus compañeros, no fueron bastante, ni a debilitar su ánimo esforzado ni a entibiar el entusiasmo por la noble causa que defendía. Premio concedido a tan ejemplar comportamiento, fue la medalla de sufrimientos por la patria, que su pecho honroso ostenta.

En 1870 y 71 se encontró en las operaciones de la guerra civil en las provincias vasco-navarras; asistió a la toma del Arsenal del Ferrol, distinguiéndose tanto en esta acción que el Gobierno le concedió por ese hecho de armas el empleo de comandante y, con el de teniente coronel, alcanzado también por mérito de guerra, operó contra los carlistas en la provincia de Tarragona, demostrando siempre condiciones de valor sereno y dotes de mando excepcionales.

Está en posesión de la Gran Cruz del Mérito Militar, de la Cruz y Placa de la de San Hermenegildo, de la del Mérito Naval roja, y de otras muchas por méritos de guerra y servicios especiales.

Si estos merecimientos como soldado son, como veis, sobresalientes, no lo son menos los que como historiador y hombre de letras ha prestado a su patria, a la que ha dado sin regateos el esfuerzo de su brazo y el servicio de su brillante pluma.

Frecuente es ver hermanadas en una misma persona estas dos actividades, y sin remontarnos a aquellas épocas heroicas en que un Sócrates y un Genofonte luchaban por su patria y escribían sus obras imperecederas, en que Julio César desarrollaba sus portentosas condiciones de caudillo y escribía sus comentarios, y el vate florentino peleaba y legaba la suya, esa maravilla que se llama *La Divina Comedia*, ejemplos elocuentes tenemos en la nuestra, en que más que en ninguna otra han estado las letras y las armas en amigable consorcio. Las leyendas épicas, los cantares de gesta y los romances heroicos de nuestra literatura, sino en su totalidad, en una gran parte, dado el espíritu que los informa, impregnado de ese carácter guerrero y aventurero del pueblo español, bien puede sospecharse fueron en su germen obra de los mismos cuyas hazañas cantaban.

“Nunca la lanza embotó la pluma ni la pluma la lanza”, dice nuestro famoso Manco de Lepanto, quien después de combatir por la patria en la más grande de las empresas que los siglos vieron, concibe en ella su libro prodigioso.

Camões, el gran épico portugués, de noble solar gallego como Cervantes, su compañero en desventuras y, como él, señalado por la guerra en defensa del honor de su nación, canta en estrofas inmortales las sublimes locuras de los nautas lusitanos.

La pluma-espada del Rey Sabio fue la que escribió las Cantigas de la armoniosa lengua gallega, la que compuso las trovas que en el mismo idioma dio el Marqués de Santillana; las delicadas églogas de Garcilaso, el Teatro de Calderón de la Barca, La Araucana del capitán Ercilla, las obras de Boscán y las historias y las crónicas, ricas en sabias observaciones, expuestas en lenguaje primoroso de aquellos aventureros y soldados que España enviaba a América a realizar aquellas estupendas aventuras por nadie igualadas.

También nuestra Galicia, siempre gloriosa, cuenta entre sus ilustres hijos nombres esclarecidos, que si en las lides guerreras supieron vencer, alcanzaron nombre y prez en las justas literarias. Ejemplos elocuentes son D. Fernando do

Andrade, General de la caballería del Gran Capitán, de quien este tuvo celos; el almirante Francisco Feijóo, muerto en el combate de las Dunas; Sarmiento de Gamboa, delicado poeta, atrevido navegante, que antes que nadie pasó el estrecho de Magallanes; Juan de Langara, Romay y el General Freire de Andrade, de la batalla de San Marcial, cuyas tropas gallegas merecieron de Wellington la famosa proclama, y tantos otros que se podrían citar, confirmando la generalidad de la regla.

A este pueblo y a esta raza pertenece nuestro académico. Hombres como aquellos, que no solo hacían las guerras sino que sabían narrarlas, consagraron una gran parte de su aprovechada vida en preparar las memorias históricas sobre la última dominación de España en Santo Domingo, obra que una vez publicada podrá considerarse como definitiva sobre aquellos sucesos.

Entusiasta hijo de Galicia y de sus glorias, que quiere con amor entrañable, lleva consagrados diez años de asidua y afortunada investigación a la historia documentada de la Guerra de la Independencia de nuestra región, labor meritisíma que mereció diferentes premios en el gran certamen histórico celebrado últimamente en Santiago y que, unida a otros trabajos que narran aquellos gloriosos hechos, verá la luz pública con contento de todos, si las corporaciones de nuestro país subvencionan, como es de esperar, su publicación.

Añádanse a toda esta ingente labor la campaña de prensa que, ya como director, ya como redactor de grandes publicaciones, realizó durante largos años, defendiendo siempre con brío singular e inteligencia suma los más elevados intereses nacionales y la parte activa que con verdadero altruismo realizó en la acción social, fundando en Navarra, en 1884, las primeras cooperativas de consumo, y se comprenderá la justicia y el acierto con que esta academia procedió al buscar la colaboración de persona de tan relevantes méritos. Por todo ello, su ingreso en nuestra corporación es para todos motivo de verdadero complacimento, mas como el proverbio dice «los linderos del gozo frisan en los del dolor», este placer que su presencia nos proporciona trae a nuestro ánimo el recuerdo doloroso de su predecesor y de los otros queridos compañeros, cuyas vidas, consagradas al enaltecimiento de nuestra tierra, no acabaron con su muerte, pues viven en nuestros corazones.

* * *

Las sentidas frases que habéis dedicado al que venís a reemplazar son un merecido tributo de respeto a su memoria que agradecemos con toda nuestra alma, pues el recuerdo de un tan buen compañero llena todo nuestro pensamiento.

Hombre de sinceras y honradas convicciones, perteneció a aquella generación de luchadores que, dejando a un lado todo lo que significaba beneficio personal, consagraron su vida y sus intereses a la dignificación y ennoblecimiento de Galicia, y rindieron culto constante a todos los grandes ideales.

Fiel siempre al espíritu de nuestra raza, amó a su tierra con el más acendrado de los cariños, soñó para ella la era de venturas que todos anhelamos, pudiéndose decir que toda su labor literaria la consagró a la obra de redención de los humildes, combatiendo sin tregua ni descanso a aquellos que, debiendo velar por su mejoramiento, los esclavizan y expolían.

Hombre de natural modesto, prefirió al brillo de las ciudades el recogimiento de la aldea, y allí, en aquel lugar riente que el Miño baña y en donde radicaban las tierras que heredó de sus padres, transcurrió la mayor parte de su vida, consagrada al bien.

Fruto del conocimiento del alma campesina fue aquel libro que lleva por título *El mundo rural*, dedicado a su amigo D. Eduardo Chao –nombre que todos, y especialmente los vigueses, debemos enaltecer– y en donde se hallan retratadas con vigoroso relieve las gentes de nuestras aldeas, de variedad no grande, pero sí de una complicada psicología.

Desde *Don Oppas*, personificación del odioso cacique bárbaro y opresor –que por desgracia campa por sus respetos en nuestras tierras– hasta *La revelación de psiquis*, en que con esa vaga ternura, nota característica de nuestra literatura, nos muestra la triste moza muerta de amor al ver que su prometido entrega a otra el corazón que ella creía suyo, y que recuerda esa joya que se llama *A Virxe do Cristal*; desde la *Canción de la miseria*, con su violento contraste entre el abominable tío Fabián y el bondadoso cura D. Andres, hasta la *Aceña*, delicioso cuadro que tiene por fondo esa tierra de égloga que cruza el poético Avia y por figuras principales la fresca Carmela, garrida molinera, vigoroso retoño de nuestra opulenta raza, y Blas, el mozo *das festas*, enamorado y fanfarrón, sabe pintar con los colores de su rica paleta multitud de cuadros llenos de vigor y realismo, que figuran dignamente en nuestra literatura.

Además de estos cuadros, débenle nuestras letras un tomo que lleva por título *Célticos*, cuentos y leyendas de Galicia, al que puso prólogo ese hombre bueno y sabio que nos preside —¡cuando Dios disponga de su vida, sabrá apreciar Galicia cuánto le debe!— del cual son estas palabras de su mágica prosa, que mejor que ningunas otras expresan el mérito del libro:

Esa fruta de nuestro huerto. Aunque pasasen sus escenas en el país de la Cucaña, siempre echaríamos de ver que fue escrito teniendo ante los ojos y dentro del corazón los paisajes y los amores de Galicia. Hasta la forma le delata. Hay en el fondo de los asuntos que trata una vaguedad, que si se acomoda como era de obligación a la índole de la leyenda, no per eso es menos propia de nuestro carácter. Hay también en la expresión de los afectos algo de aquel sentimiento que, tocando en ocasiones los límites del sentimentalismo, delata las tendencias propias del pueblo gallego, tan dado a las dulces tristezas, a los vagos sueños, a lo maravilloso y lo sobrenatural.

Después de este modesto homenaje a la memoria del que fue digno compañero, para no abusar de vuestra condescendencia, debiera dar fin a este trabajo, pero como la práctica en casos como este en que me hallo, exija haga algunas consideraciones sobre el tema del discurso del nuevo académico, os suplico me otorguéis unos momentos más vuestra benévola atención y, contando con ella, permitidme espigar un poco en el campo en que el Sr. Morillo, mi cariñoso amigo, ha sabido recolectar tan óptimas cosechas cual la que a la vista nuestra ha presentado.

* * *

La desastrosa retirada de las tropas inglesas mandadas por el general Moore y el tan poco conocido parte del Marqués de la Romana, protestando ante el país de los vandálicos hechos por aquel ejército realizados, constituyen el tema del hermoso discurso del académico Excmo. Sr. López Morillo.

El juicio que en él formula, por más que va envuelto en la prudente reserva a que su especial condición le inclina, es de rigurosa censura al comportamiento de este caudillo británico.

La conducta de este general, aún apreciada con toda la indulgencia con que los españoles juzgamos a los hombres de otros pueblos y que contrasta tristemente con la dureza que al juzgar a los nuestros ponemos, merece la mayor reprobación.

En el libro diario que su hermano publicó en Londres, en 1809, obra que consideró necesaria para justificar su conducta puesta en entredicho por toda la opinión pública, hallamos fundamentos bastantes para sacar el convencimiento, no solo de la poca simpatía que nuestro país le inspiraba –con cuya idea no debió poner pies en nuestra patria– sino del propósito que siempre abrigó –siquiera ocultándolo con las nebulosidades impropias de un noble carácter– de retornar cuanto antes pudiera a Inglaterra; fuera porque comprendió que la empresa que pesaba sobre sus hombros era superior a sus facultades, fuera por el pánico que el solo nombre de Napoleón le inspiraba o por los anhelos de volver a ver pronto los hermosos ojos de Miss Fox, a quien amaba sin esperanza...

El lenguaje altanero e injurioso que empleaba en sus comunicaciones, queriendo achacar al mal estado de ánimo de los españoles lo que solo a su incapacidad y al terror de que se hallaba poseído se debía, es cosa que indigna y subleva.

Busquen otros disculpa a su proceder –que difícil será hallarla–, pero nosotros, descendientes de aquellos patriotas que sufrieron en sus personas y en sus bienes los atropellos de unas tropas enviadas para defender nuestro territorio, convertidas en sus expoliadoras, no deberíamos siquiera recordar el nombre, más que para aborrecerlo, de aquel que con su incalificable proceder fue la causa de aquellos tristes sucesos.

Era claro su deseo de no emprender en la península operaciones serias. A parte otros hechos, lo prueba el que en todas las comunicaciones que dirigía a su Gobierno, le disuadía de enviar nuevos refuerzos, no siendo tal vez ajeno a este objeto el propósito de que no fueran mandados por el Generalísimo español, como aquel le ordenaba. Celos impropios de quien viene a defender una noble y santa causa...

Decir como decía –tomándolo par pretexto– que no luchaba porque el pueblo español era indiferente y poco patriota –cuando este pueblo llegó en su épica lucha a ofrecer los más sublimes ejemplos de sacrificio por su patria, haciendo la guerra más popular que nunca hubo, en que peleaban con santa indignación mujeres, niños y ancianos; cuando estas gentes, que se veían escarnecidas por sus

tropas fugitivas, podrían con una sola delación perderlas y en lugar de ello ocultaban su dirección a las tropas francesas, a más de ingrato— es querer arrojar sobre nuestra patria el estigma de cobardía, no lanzado por nadie más que por Moore, el general huido.

Afortunadamente, su mismo pueblo, cantando por boca de Byron odas a nuestro valor y patriotismo, y su Gobierno, enviando sables de honor a nuestros guerrilleros, coma a Palavea, y sus historiadores sensatos, enaltecendo nuestra lucha, se encargan de desmentirle.

Contéstenle por nosotros aquellas palabras del Duque de hierro, «Imitad a los inimitables gallegos. Distinguidos sean hasta el fin de los siglos por haber llegado su denuedo a donde nadie llegó», expresadas por el Duque de Wellington después de San Marcial, y compárese la conducta de este general, honra de su patria y de la humanidad, pues a esta pertenecen los genios, cuando perdida toda esperanza por el Gobierno británico de mantener sus tropas en España después de la marcha de Massena sobre Lisboa con 80.000 hombres, dejó a Wellesley la responsabilidad de quedarse en ella o salir, responsabilidad que habría amilanado a gentes de otro valor moral y que a él le sirvió para responder aquellas hermosas palabras: «Yo estoy persuadido de que el honor y el interés de mi patria exigen que quedemos firmes aquí tanto tiempo como podamos y, si Dios quiere, yo quedaré», con la del general Moore, que contando con 35.000 hombres y acosado por todos, especialmente por el Marqués de la Romana, que pedía para sí el sitio de mayor peligro para luchar contra los 18.000 soldados con que contaba Sout, busca pretextos en sus partes para no atacar, decidiéndose a emprender la retirada.

¿Acaso Wellington, viendo que los portugueses desistían de ayudarle en sus líneas de Torres-Vedras, renunció a su plan resuelto de atacar a los franceses, como lo hizo, obligando a Massena a batirse en retirada?

No; no debemos tener consideración a la memoria del que, para justificar errores, no vaciló en afrontar a España con sus palabras. Lo que fué realmente es que Moore no tenía de su deber una idea tan clara y tan firme cual deben tenerla los hombres que llegan a su altura y a quienes su patria entrega unas fuerzas, no para ahorrarlas, sino para que sirvan la causa junta de un país amigo que se compromete a defender, sacrificándolas si preciso fuera.

Estaba visto que su ánimo era no luchar con los franceses auxiliando a la nación española, a lo que al aceptar el mando se había comprometido.

Su propósito decidido al salir de Portugal, realizando una operación militar que todos los técnicos consideran desacertada y causa de mucho de lo que le ocurrió después, era retirarse hacia las costas y embarcarse para su país. Nadie pudo hacerle disuadir de su intento. Ni las cartas apremiantes que la Junta Suprema, Frere, el embajador inglés y el Marqués de la Romana le enviaban, manifestándole que solo *quieren oír hablar, no de retirada, sino de morir o vivir en territorio español*, condoliéndose todos de su incomprensible resolución, ni la apremiante comunicación de D. Martin de Garay, haciéndole ver que la libertad de la nación y los intereses de Inglaterra y de Europa exigían se hiciera pronto la reunión de su ejército con el español para, juntos y de acuerdo, obrar como fuera más conveniente, pues de otro modo su venida a España no habría servido más que para malograr la mejor ocasión de destruir al enemigo, abandonando a la nación en el momento en que precisa los auxilios de su aliado, nada podía destruir su obsesión de llegar al mar para embarcar sus tropas, ejecutando así la operación que el mariscal Berthieu encargaba al Duque de la Dalmacia, cuando le mandaba que tratase de arrojar los ingleses a Galicia, caso realmente extraordinario de un general que hace lo que conviene al enemigo.

Que este movimiento de retirada fue considerado entre sus tropas como un acto indigno de ellas, lo prueban las grandes murmuraciones, las protestas y hasta casi la sublevación con que fue recibido. Londonderry, coronel de uno de los regimientos, y por tanto testigo presencial de estos sucesos, dedica ocho páginas de su conocida obra a poner de manifiesto la protesta y el profundo disgusto que se apoderó del ejército cuando fue conocida la resolución del General en Jefe, adoptada sin el Consejo y opinión de sus oficiales generales, a los que no hizo más que comunicársela.

Era la opinión unánime en el ejército que era preferible su pérdida al abandono injustificado de la causa de Esparta, que era a lo que se habían comprometido, llegando su protesta hasta el extremo de querer adoptar otro plan de campaña. Tal era esta opinión extendida que, hasta Warren, ayudante de campo del general Beresford, fraternal amigo de Moore y jefe de una de las divisiones, en carta que aquellos días escribía a su padre, le decía: «Aquí, entre nosotros y en reserva: todo lo que se oye en este ejército es que la retirada es por demás irreflexiva.»

Y esta era tanto más de sentir, cuánto el vigor y el espíritu de las tropas inglesas era excelente, como lo probaron en los combates de Rueda, en el de Sahagun, en que tan brillantemente cargó Lord Paget con sus húsares, derrotando

a los enemigos en las escaramuzas cerca del Este, en Castro Gonzalo, donde cayó prisionero el general Lefèvre, y en tantos otros de esa desastrosa retirada en que el ejército inglés, según frase de Arteché, se mostró sin embargo fiero león, cuya marcha es peligrosa y hasta imprudente turbar, sin grandes precauciones, prueba de lo que haría dirigido por otro caudillo...

Resuelto a todo, el día 24 de Diciembre de 1808 comenzó esta desastrosa retirada. El tan poco conocido parte del Marqués de la Romana, tema del hermoso discurso del nuevo académico, pinta con los negros colores de la realidad los actos vandálicos a que se entregaron aquellas tropas. Su lectura causa tanta pena como indignación.

La voz del jefe que había perdido su fuerza moral no se oía y para recobrarla no dudó en recurrir hasta el engaño, diciéndoles que su movimiento de retroceso no tenía otro objeto que situarse en posición favorable para combatir al enemigo, mas como al llegar a Astorga vieran que en lugar de detenerse se continuaba precipitadamente, se convencieron que no se retiraba sino que huía. ¿Y cómo no había de ser huída, si la retirada supone siempre un combate desgraciado y las tropas inglesas no se habían batido todavía?

¿Qué más que huída puede llamarse la de un ejército que, siendo como era el más pesado de Europa, recorre en 48 horas las 25 leguas que separan a Lugo de Villafranca, que arroja por los precipicios del Vierzo la caja del ejército, que recogieron los franceses y que contenía más de 60.000 libras, y cuando los soldados borrachos caían en la nieve, perdiendo los partes que el general en jefe les entregaba? ¿Puede nadie suponer que estas tropas hubieran combatido en Elviña, si los barcos ingleses encargados de transportarlas, detenidos en Finisterre por vientos contrarios, hubieran llegado a La Coruña tres días antes, como estaba convenido?

Nadie puede creerlo. Lo que todos vemos con claridad meridiana es que Moore engañó a la Romana repetidas veces, que le dejó solo y abandonado a sus propias fuerzas, sin manifestarle dónde se dirigía con las suyas; que comprometido a esperarlo en Astorga para combatir juntos, levanta el campo tan pronto aquel llega y le manifiesta que su resolución de marcha es irrevocable porque sus tropas necesitaban descanso... Y, en efecto, descansados quedaron ellos y la tierra que recorrieron, víctimas de los más vergonzosos sucesos, de las más tristes escenas... Dígalo sino la ciudad de Villafranca, que más que una ciudad que recibía tropas amigas, parecía una ciudad tomada al asalto.

Autoridades asesinadas, mujeres atropelladas, las casas y las obras públicas destruidas, y entre aquellas, obras del mayor mérito histórico y artístico, como el palacio del Conde de Benavente, poblaciones incendiadas, servicios grandes son de nuestros amigos que debemos siempre agradecer y recordar...

¡Cómo serían los desmanes que el mismo Napoleón, pasando por los lugares que recorrían las tropas británicas, decía en carta a su hermano el Rey José, estas palabras: «Los ingleses se han llevado todo y, por encima de esto, han maltratado y apaleado a todo el mundo. No puede haber mejor calmante para España, que enviarle un ejército inglés.»

Estos son, sumariamente expuestos, los favores que los españoles debemos a Moore. Si aquellos buenos patriotas hubieran recordado que este general, enviado con 11.000 hombres meses antes a Suecia para defender esta nación contra Francia y Rusia, tuvo que ser arrestado por aquel Rey por no seguir sus planes, tal vez no hubieran aceptado el nombramiento.

Su muerte en los campos de batalla fue heroica, mas el sacrificio de su vida no fue ofrecido a la independencia española, sino a la salvación de su ejército y en rescate de su honor. El juicio que como caudillo nos merece a nosotros los españoles, no puede serle favorable. Los riesgos y responsabilidades que su cargo le imponían no supo afrontarlos y, en la retirada, piedra de toque del carácter militar, ni él ni sus soldados demostraron aquella resignación, serenidad y celo que constituyen la base de todo ejército digno de este nombre.

* * *

No olvidemos nunca la lección que se desprende de los sucesos relatados. Ellos nos enseñarán que España, para defender sus intereses, nunca debe contar más que con sus propias fuerzas. Ni necesitamos recurrir a las ajenas. Además de pagar la comisión con verdadera usura, no quedaremos servidos.

Como dice el autor del *Ideal americano*, una nación indolente y tímida es presa fácil para los pueblos que posean virtudes guerreras. Para evitar este peligro, restauremos en nuestro pueblo aquellas virtudes de virilidad y espíritu de sacrificio que no pueden ser compensadas ni por la instrucción, ni por la prosperidad material. Respetemos los derechos de todos los pueblos, pero procuremos tener una fuerza disciplinada y sólida para obligar a que ellos respeten los que se nos

deben. De este modo, mirando al porvenir y unidos todos, conviviendo en el noble sentimiento de la patria, fácil será alcanzar para ella nuevos lauros que añadir a su en tantos siglos gloriosa enseña.

No canso más vuestra atención, de la que bastante he abusado. Pídoos por ello mil perdones y termino expresando en nombre de esta Academia la satisfacción que ella experimenta al tener a su lado a un tan ilustre compañero, de cuyas prendas eminentes tanto se promete y al que en nombre de todos tengo el placer de abrazar.

He dicho.

Índice

DISCURSO DO ILUSTRÍSIMO SEÑOR DON ADRIANO LÓPEZ MORILLO	7
Apéndice. Oficio de la Romana sobre las operaciones de Sir Jhon Moore	25
RESPOSTA DO EXCELENTÍSIMO SEÑOR DON WENCESLAO REQUEJO PÉREZ	31

Real Academia Galega

Rúa Tabernas, 11

15001 A Coruña

Tlf. 981 207 308

Fax 981 216 467

secretaria@academia.gal

www.academia.gal



REAL ACADEMIA GALEGA

